

# EL BURRO "PERICO"

*Don* de Santa Clara *1943*

No hay pueblo en la tierra, pequeño ni grande, que carezca de alguna originalidad peculiar cuya popularidad a veces, traspasa los límites de lo nacional y se hace notoria en el mundo entero. Pero, la originalidad que representa para la ciudad de Santa Clara su callejero y popular «Perico», es digna de ser por todos conocida.

Un cuadrúpedo que en doce años de labores continuadas consiga de su dueño el reconocimiento de méritos suficientes para obtener un retiro vitalicio en la plenitud de su energía física, con la particularidad de que en esos doce años no ha dejado un solo día de ir a su lugar de procedencia a pasar dos meses de vacaciones con sus padres y demás parientes, y que, después de retirado, lleva más de otros doce años practicando esa misma costumbre, más la de «pegar la gorra» almorzando o comiendo en la mayor parte de los hogares de la ciudad, sin dejar un solo día de ser visita puntual en todos los cafés, bares, bodegas y puestos de frutas, así como en la Plaza de Mercado, más los domingos y jueves, cuando hay retreta en el Parque Vidal, pasar la noche oyendo la música y aceptando algunos bombones con que lo suelen obsequiar las parejas de enamorados, siendo querido y admirado por todos los villacareños y hasta por los visitantes temporeros y de tránsito; esta originalidad no la tiene ciudad alguna en el mundo más que Santa Clara, la capital de Las Villas.

El hombre es un animal racional víctima de muchas costumbres irracionales.

El burro «Perico» de Santa Clara, es un irracional que disfruta dichas y placeres producto de sus costumbres tendenciosamente racionales.

El burro «Perico» es desde 1920 propiedad del señor Bienvenido Lea, quien lo recibió de su señor padre como regalo y estímulo para seguir con entusiasmo en el negocio de compra de botellas vacías en que se iniciaba su hijo. Para éste, la posesión del jumento vino a ser el complemento para seguir ese negocio con grandes éxitos.

En esa época tenía «Perico» diez años de edad y nunca había realizando labor de tirar por un carro e ir de café en café y de bodega en bodega a esperar con paciencia a que le cargaran su carro de botellas vacías, ni jamás había oído el sonido que ellas producen al ser colocadas en el mismo. Pero es de suponer que este sonido de las botellas y el resto del oficio, más la costumbre del señor Lea de darle a comer alguna golosina en todos los lugares donde hacían parada, fueron siendo del agrado del burrito, tanto que, al poco tiempo, solía llegar antes que su amo y mientras éste llegaba, él, con rebuznos e infinidad de muecas con el hocico, engatusaba a los muchachos de esos establecimientos para que le dieran lo que ya sabían que

era costumbre: pan, dulces, galletas, etc.

Asegura el señor Lea que muchos de sus clientes le reservaban los envases vacíos por la propia simpatía que les inspiraba «Perico» más que por las consideraciones que les mereciera su dueño, y confiesa que la mayor parte de sus éxitos en el negocio se los debe a «Perico».

En 1930, después de haberse consumado el hermoseamiento y dignificación de la ciudad de Santa Clara por el general Machado, alcantarillando y pavimentando sus calles como no las tiene ninguna otra ciudad en Cuba, el señor Lea consideró de necesidad obtener un camióncito para seguir su negocio a la altura de las circunstancias, por lo cual se determinó a retirar del trabajo a «Perico», haciéndose el propósito—que es cumplido al pie de la letra—de no venderlo a nadie ni darle un solo minuto más de trabajo, sino de proporcionarle todos los placeres y gustos que le vinieran en ganas, lo que así está sucediendo.

Y, en 1930, empiezan las correrías del que es hoy el burro más mimado y célebre del mundo.

Al segundo día de descanso y a la misma hora en que tenía por costumbre salir al trabajo, «Perico» abrió la caballeriza y, limpio de arreos, salió él solo a practicar los mismos recorridos que tenía por costumbre, pero esta vez, ya no era con el interés de las botellas vacías, sino por saludar a los amigos... y reclamarles el pan y dulces a que lo tenían acostumbrado. En caso de que se demorasen algo en atenderlo y, consciente de que no tenía el carro enganchado, entraba en la bodega o café y, con rebuznos e infinidad de monerías, conseguía que los muchachos o los mismos dueños le trajeran su ración acostumbrada de dulces y pan, u otra golosina cualquiera.

Y en esta misma forma lleva ya trece años, con la particularidad de que, con el transcurso de tanto asistir con frecuencia a los cafés y bodegas, al darse cuenta de las aficiones del animalito, se encariñan con él y, poco a poco le van ampliando las costumbres llevándolo a las casas de familia, de las cuales, la que visita una sola vez, no hay temor de que al siguiente día falte a la misma hora en punto. Tan es así, que hoy es raro el hogar en Santa Clara que no sea visita diaria de «Perico».

El conoce las costumbres de los moradores. Si vé una casa cerrada, se sube a la acera y toca con su hocico en la puerta con fuerza. Si no le contestan, entonces busca un balcón o ventana en que haya algo abierto, y, si alcanza, asoma su hocico a la abertura y lanza un melo-



dioso rebuzno, llamada a la que corresponden los moradores que dicen: ahí está «Perico», pan para «Perico», y acto seguido se abre la puerta y todos se desviven por ser los primeros en saclar los deseos del acostumbrado visitante de todos los días.

Costumbre que en él no falla: los meses de enero y febrero los va a pasar de visita familiar a un lugar cercano a Santa Clara llamado Loma de Cerro Calvo, donde hay un criadero de animales de su misma especie del cual es él procedente. Allí, con sus hermanos, tías, primos y demás parientes, se pasa esos dos meses del año, inspirado por verdadero cariño de familia, ya que allí se pone en condiciones esqueléticas debido a que en esos meses, además de no tener yerba y él haber perdido la afición de comerla, los dueños del criadero no le pueden dar la abundancia de pan y otras golosinas a que él está acostumbrado.

A los dos meses regresa a Santa Clara y en unas semanas se vuelve a poner gorda e inflado como un globo.

A las doce del día en punto suele estar irremisiblemente en la puerta de la casa de su amo, calle de Eduardo Machado No. 6, donde, si pasa desapercibida su presencia, lanza dos rebuznos especiales que, al ser oídos en el interior por cualquiera

de los de la casa, éstos se discuten quién ha de ser el primero en llegar con un cubo de agua, que es precisamente lo que viene a tomar allí todos los días y a la misma hora «Perico», el niño mimado de la casa. Después de tomar el agua se detiene allí unos minutos disfrutando del buen trato que le dan los pequeños de la casa y luego inicia su recorrido de todas las tardes.

Cuando hay mucho tránsito por las calles y los vehículos motorizados le suenan sus claxons, suele mirar para atrás para cerciorarse de que lo hacen por él y, acto seguido se sube a la acera y continúa caminando por ella como cualquier racional.

«Perico» es conocido de todos los villaclareños y todos lo consideran y defienden como cosa propia. Es todo un burro educado y dichoso.

Quien quiera ratificar con creces lo dicho sobre éste tan singular jumento, no tiene más que llegar a Santa Clara y preguntar por él. En el acto se enterará de muchas cosas que dejarían muy reducido lo ya expuesto.

¡Quien viera a «Perico»  
junto a Rocinante,  
yvíto y colearte!  
Tendríamos seguro  
que resucitara  
Miguel de Cervantes!...

J. López Santa Eulalia.  
Santa Clara, agosto de 1943.



En el mercado, en los puestos, en las casas particulares, «Perico» se busca la pitanza «de botella», demostrando que no es tan burro como parece.

*Miguel Ag. 1143*